Repertorio Histórico

Serie 6. Año I. Número 22 Director, LUIS CANO



LECTURA AMENA

CONTENIDO:

Después del divorcio, E. Gómez Carrillo.... 457
Eco triste, Ricardo Nieto.... 460
Blanco y rojo, Antonio Merizalde.... 460
La caperucita azul, L. Michaud-D' Hamiae.... 461
Anima rerum, Max. Grillo.... 463
En un cementerio, Emile Zolá.... 465
Primavera incipiente, Juan Pérez Zúñiga.... 467
....?...., Ab. Farina.... 468
Manuel Paso, Joaquín Dicenta.... 469
La respuesta de la tierra, Antonio José Restrepo.... 475
El Dios bueno, Rubén Darío.... 477

MEDELLIN

IMPRENTA DE "EL ESPECTADOR"

1905

FERIA Y EXPOSICION

DE

Animales en Medellín.

El día 11 de Octubre próximo se inaugurará esta importante mejora para la ciudad. Ya se han principiado los trabajos y el 1º de Julio se entrará en la construcción de las galerías y corrales.

Los locales destinados á ser el centro de la Feria están situados entre las calles de Cundinamarca, Maturín y Cúcuta, vías amplias, de á 20 varas cada una, centrales y cómodas; baste decir que la Feria quedará á 5 cuadras del Parque de Berrío y á 2 del Mercado Cubierto de Guayaquil. Las galerías públicas tendrán unos 550 metros (110 × 5). Habrá corrales cómodos y seguros, con agua. Habrá amplios corrales con marcaderos muy cómodos.

En las galerías se exhibirán todas las marcas de los hacendados; para el efecto debe cada uno mandar la suya, lo más pronto posible, en una tableta de 20 centímetros en cuadro por 1 centímetro de grueso, con el nombre del hacendado al pie, en letras claramente legibles. Las recibirá el Sr. Alberto Angel.

Como se proyecta una gran exposición de animales para el 12 de Octubre, con premios, carreras &, deben los propietarios de buenas y hermosas bestias, toros y vacas notables, buenos cerdos etc. etc., prepararse con anticipación para traerlos á la exposición, que durará varios días. Habrá pesebreras, corrales y corralejas arreglados para recibirlos.

Los propietarios de *mangas*, potreros, corrales, pesebreras &, de todos los alrededores de la Feria, del Mercado Cubierto y en general de Medellín, deben arreglarlos con anticipación.

Los dueños de hoteles, fondas, cantinas etc. etc., deben también prepararse á dar comodidades y abundancia para la gran festividad que viene.

Los programas detallados circularán oportunamente en toda la República.

Medellín, Junio de 1905.

El Presidente de la Junta,

MANUEL J. ALVAREZ C.

El Srio. Tesorero,

ALBERTO ANGEL.

6—3

REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año I | Medellín, 1º de Septiembre de 1905. | No. 22

DESPUES DEL DIVORCIO

Luciana, veinticinco años; Ernesto, veinticinco años; Pedro, veinticinco años.... Todos tienen veinticinco años. Y todos son ricos. Y todos son bellos. Los ojos de Luciana parecen inmensas violetas pálidas, y sus cabellos la coronan de oro. Es delgada, sin ser flaca—una fausse maigre—. Su palidez intensa da á su rostro una expresión equívoca de pierrot adolescente. Sus dientecillos hacen pensar en ideales fieras de lujo que se alimentan devorando corazones.

Pedro y Ernesto son morenos, altos, esbeltos.

Un cuarto de trabajo amueblado á la inglesa.

Llaman á la puerta.

Ernesto—¡Adelante!

Pedro (entrando). Buenas tardes, Ernesto....bonísimas. Pero no me agradezcas la visita. Está lloviendo....Y como además tengo el sagrado deber de feli....

Ernesto.-De felicitarme, sí, es verdad. Muchas gracias, Pedro.

Pedro.—En el fondo eres el más afortunado de los hombres, pues después de....

Ernesto.—Sin duda....¿Y dices que está lloviendo?....

Pedro.—¡Horriblemente! París es la ciudad más insoportable del mundo. Cuando no está llena de nieve está llena de lodo: No sé cómo no se les ocurrió á nuestros abuelos establecer la capital en Niza....Pero, ¿á ti qué te importa el tiempo? Ya eres libre; ya no tienes obligación de ir al bosque á las tres...., al teatro á las diez....

Ernesto.—En efecto. *(Se sienta.)*

Pedro.—Sí. Eres libre después de haber tenido cadenas dulcísimas. Puedes ir, correr, volver, jugar, beber, amar....No digas que no....

Ernesto.—No digas nada.

Pedro.—Hasta casarte de nuevo puedes....Pero, claro, que no lo harás. Como muestra basta un botón....Un botón de rosa, ¿eh?....No te cases.

Ernesto (sonriendo melancólicamente).—Gracias por el consejo.

Pedro.—Cualquiera diría que estás triste.

Ernesto.—No.

Pedro.—Sí, estás triste.

Ernesto.—No, te digo que no estoy triste.

Pedro.—Bueno....¿Y son?....*(Ve el reloj.)*

Ernesto.—Las cinco....Ahora mismo espero á un amigo.... Un asunto muy serio.

Pedro.—Un amigo con faldas ...un amigo moreno....vamos, dí que esperas á una mujer....

Llaman á la puerta con suavidad, como los nocturnos visitantes de los cuentos de Poe...¡Toc!..¡Toc!...Nada más que dos golpecitos.

Pedro (guiñando el ojo).—¡Claro!

Ernesto (nervioso).—¡Sí. Pero márchate....Míra, por esta puerta....No seas malicioso....Anda, adios....*(Sale Pedro).*

Ernesto (poniéndose de pie).—¡Adelante!....

Luciana (entrando).—¿Se puede?....Buenas tardes....

Ernesto (muy emocionado).—Buenas tardes..Luciana...Siéntese...Siéntate...¿No quieres sentarte?...Sin duda tienes prisa..

Luciana.—No. Yo no tengo compromiso de ninguna clase.... ¿Recibiste mi carta?

Ernesto.—Sí.

Luciana.—¿Y qué dices?

Ernesto.—Digo ...Eso es....Yo también quería escribirte en el mismo sentido, pero como ignoraba tus proyectos de vida....Los hombres somos muy tímidos. Y las mujeres son tan caprichosas, que en un mes cambian treinta veces de ideas.

Luciana.—Un mes.

Ernesto.—Sí, Hace un mes que estamos divorciados.

Luciana.—Un mes....Yo tampoco me atrevía á escribir.... ¡Sois tan raros los hombres!....Al fin hice un esfuerzo. Ahora estoy contenta.

Ernesto.—¿Contenta?

Luciana.—Tranquila.

Ernesto.—Yo también. Nuestros caracteres son opuestos.... Tú tan alegre, tan decidora, tan picaresca....Yo, melancólico y silencioso....Esa fué la causa....Pero aun estando conforme con mi nueva situación, no he de negar que es imposible suprimir así, de pronto, todo el pasado. El divorcio borró el matrimonio, no la amistad....Siempre podemos vernos de vez en cuando, á menos que....

Luciana.—¿Qué?

Ernesto.—Que....sí....una cosa muy natural después de todo....Y, además, yo no tengo que meterme en eso....Una mujer divorciada puede casarse de nuevo....*debe* casarse de nuevo cuando es joven, bonita, como tú....¡No me digas que no! Todas dicen lo mismo....Ya sé que por ahora....Pero las ideas cambian. La soledad es una consejera irresistible....

Luciana.—No....te aseguro que no.

Ernesto.—En fin, mientras tal cosa no suceda, seremos amigos....¡Qué bonito traje llevas!

Luciana (sacudiendo su falda de terciopelo negro).—Un vestido serio....casi un vestido de viuda....¡Se acabó la coquetería! Mi modista me arregla como quiere, y yo ni pido ni protesto.

Ernesto (con tristeza).—Es delicioso tu traje, así, muy obscuro, muy serio, formando contraste con tu sonrisa maliciosa, con la alegría dorada de tu cabellera, con las llamas azules de tus ojos.

(Un minuto de silencio. Luciana sonríe. acariciando la suave tela de su falda, mientras Ernesto se pasa la mano por la frente con ademán pausado y austero.)

Luciana.—Entonces, ¿no has quemado mis papeles, mis cartas, mis reliquias? Me gustaría conservarlas....las de mi madre....y algunos retratos....

(Ernesto abriendo un cajón de su mesa).—Míra....

Luciana (se acerca)—¡Ah! Mil gracias....con tu permiso..... De mi hermana....de mamá....y retratos del convento; la pobre sor Estela, que me quería tánto, y la madre Teresa....Lo que es bonitas no son.

Ernesto examina en silencio los papeles. Ante sus ojos, húmedos de emoción, los paquetes van deshaciéndose y rehaciéndose rápidamente. Luciana comenta cada sobre, cada retrato, á veces con frases nostálgicas, mas á menudo con ligeras ironías.

De pronto, al abrir una bombonera, se esparcen sobre la mesa, volando como alas marchitas, unos cuantos azahares.)

Ernesto.—¡Ah!

Luciana.—¡Mis pobres flores de novia!....(*Luégo, en voz muy baja, como hablando consigo misma.*) Las florecillas que encarnan todo mi pasado, todas mis alegrías y todas mis penas muertas, todo el perfume de los días paradisíacos que volaron para no volver, toda la ternura del amor difunto....Voy á llevármelas....Y más tarde, cuando de mi juventud no quede sino el recuerdo, aún podré evocarla contemplando estos pétalos secos en el aislamiento de mi vida por venir....¡Mis pobres, mis pobrecitas flores!....

Ernesto.—Déjame una....una sola, para que yo también pueda en las noches tristes de mi futuro solitario, hacer surgir del fondo de la memoria los días llenos de sol de nuestro idilio.... Míra ....Esa pequeñita....

Luciana (*coge los dos azahares más completos y se los ofrece*).—*Tóma....*

Ernesto.—Gracias, Luciana. (*Llevándose á los labios la mano de Luciana.*) Mil gracias....¿Y esas flores frescas que llevas hoy en el pecho, no me las dejas también?

Luciana (*sonriendo se acerca á él hasta confundir su aliento con el suyo*).—Lo que quieras, Ernesto..Todas las flores que quieras..

Ernesto.—¡Todas las flores!
Luciana.—¡Oh! ¡Todas, todas!
Ernesto.—Tú también eres una flor, Luciana....
Luciana.—Todas las flores....
Ernesto.—La flor roja de tus labios....
Luciana (desfalleciente).—Todas las flores....

E. GÓMEZ CARRILLO

ECO TRISTE

Dios mío .... ¿ para qué hiciste
Estos rayos de luna,
Este cristal azul del firmamento
Y este verde cristal de la laguna ?
¿ Para qué hiciste el viento
Que solloza y se queja entre las cañas
Y estas estrellas de oro
Que me miran con llanto en las pestañas ? ...

Dios mío .... ¿ para qué hiciste
En las almas nacer tántos anhelos,
En los campos risueños tántas flores,
En el aura sutil tántos rumores,
Tántos lirios de luz sobre los cielos ? ...

Tú eres sabio, eres bueno,
Eres tres veces santo ;
Pero, díme, mi Amor, por qué pusiste
En este agrio peñón tántos abrojos,
Tánta espina en la flor y tánto llanto
En las ramas del sauce y en los ojos ? ....

RICARDO NIETO

BLANCO Y ROJO

Para Abel Farina.

Adélfica es la copa de amor, si en ese vino
La hiel se vierte, roja, del beso de una impura,
Porque el ósculo sólo sabe dejar dulzura,
Cuando brota de un labio sin mancha y purpurino.

Sólo el amor es casto, cuando de lo divino
Lamiel acendra el vicio. Vaciemos la amargura
Que rebosa en la copa y amemos la hembra pura
Que inviolada no mancha de su vida el camino.

Oíd lo que nos dice la linfa transparente
Que con su beso de agua desprende levemente
La grádula que afelpa las grietas del barranco:

Amad las frentes castas con alburas de armiño,
Y si arden vuestras almas en la sed del cariño,
Saciadla con el vino que mana un beso blanco.

ANTONIO MERIZALDE

LA CAPERUCITA AZUL

(Traducido para *la caperucita blanca* Leticia Velásquez.)

En la época en que vivía *la caperucita encarnada*, había en la misma aldea una muchacha á quien llamaban *la caperucita azul.*

¿Era porque su madre la había consagrado al azul? — De ninguna manera — sino porque su maestro de escuela, admirado de la precoz inteligencia y del espíritu extraordinariamente astuto de la pequeña alumna, se había complacido en adornarla con un apodo simbólico.

Porque tanto como era ingenua, cándida, ignorante, la caperucita encarnada, era viva, maliciosa y entendida la caperucita azul, más de lo que suelen serlo los pilluelos á la edad en que no se piensa sino en buenos pastelillos de dulce.

No solamente había aprendido la chiquilla con maravillosa facilidad lo que se enseña en los libros escolares, sino que aun había adivinado lo que en ellos se trata de ocultar.

Si hubiera vivido en estos tiempos de diplomas, creed que aquella tierna inteligencia habría obtenido, antes de la edad núbil y sin trabajo alguno, la colección completa de los certificados.

***

Pues bien: fué grande la emoción de la aldea cuando se supo que el lobo se había comido á la caperucita encarnada, y todas las madres aprovecharon aquel triste caso para recomendar á sus hijas que desconfiasen de los malos encuentros de los caminos.

Pero, al revés de sus compañeras, se echó á reír la caperucita azul, y á reír dejando ver la doble hilera de perlas de sus menudos dientes.

— Ja, ja, ja! .... Se dejó comer por el lobo la caperucita encarnada! .... Ja, ja, ja! .... le faltó un poco de malicia á la pobrecita! .... Yo, sí que no me dejaré comer .... Ah, que nó! Ja, ja, ja! Bien que le iría al lobo conmigo .... yo les respondo!

— Vamos, estás delirando,— le respondían.

— Nó!

— Y cómo harías tú si el lobo? ....

— Ah! esa es cuestión mía ... pero el lobo no me da miedo .. Mucho me gustaría verlo .... Ja, ja, ja, ja! ....

***

Pronto fué oído el deseo.

Un domingo que llevaba ella un queso y fresas á su abuela, que vivía en la aldea vecina, oyó de repente la muchacha gritos de espanto: — el lobo! el lobo!

Ella se detuvo con el corazoncito estremecido de alegría, y con sus ojos que jamás habían tenido temor, recorrió ávidamente el horizonte.

Pronto percibió unos campesinos que se escondían en un matorral no lejos del camino.

— Huye, caperucita azul, huye! exclamaron al pasar.

Pero ella, al contrario, se adelantó hacia el peligro.

No tardó el encuentro.

— Buenos días, señor lobo, exclamó la niña con los labios florecidos en una linda sonrisa. ¿Qué viene usted á hacer del lado de la aldea?

— Pues yo no tenía perdida la esperanza de encontrar alguna hermosa paseadora como tú, caperucita azul.

— Es usted muy amable. ¿Quiere usted acompañarme en el camino?

— Es precisamente mi intento.

—Si tomo el atajo por el bosquecillo, ¿le incomodaría á usted?

— De ninguna manera; me gusta mucho la poesía silvestre.

— Qué coincidencia! también á mí.

El lobo era un lobo viejo que había perdido ya algunos dientes en las batallas de la vida, pero no era muy tranquilizador su aspecto, pues veía con tal apetito á la caperucita azul, que temblaban todos sus miembros. Era el mismo que se había comido la caperucita encarnada.

— ¿Nos detenemos un instante? — dijo á la niña cuando hubieron llegado á un monte.

— Yo se lo iba á proponer, señor. Aquí conversaremos sin que nadie nos moleste. Pero ¿no querría usted probar antes mi quesito y mis fresas?

— Qué bondadosa eres! No me atrevía á proponértelo.

— Por qué contrariarse?

....

***

¿Qué ocurrió luégo entre la caperucita azul y el lobo? No se supo jamás.

Cuando la niña volvió á la aldea, ya no tenía la cesta en que había llevado el queso y las fresas; pero traía en sus manos diminutas el corazón del viejo lobo, y reía bellísimamente con su risita vibrante, agitando victoriosamente el sangriento trofeo.

***

La caperucita azul no halló nunca marido en la aldea.
Era capaz de matar á un lobo . . .

L. MICHAUD-D'HAMIAE

ANIMA RERUM

I

Las cosas tienen alma
En que el amor alienta,
Espíritu inefable
Disperso en la materia,
Que con acento místico
Refiere á los poetas
Las voces de los astros,
Los sueños de la piedra.

II

Si penetráis al bosque
Cuando la tarde blanca
Recoge el manto grácil
Detrás de las montañas,
¿No oís cómo las hojas
Las flores y las aguas
Os cuentan sus secretos
En rítmicas palabras?

III

En los tallados muros
De la solemne gruta
La piedra conmovida
Pregona su amargura,
Vertiendo del granito
Sin detenerse nunca,
La gota azul que mira
Como pupila turbia.

IV

Al descender del monte
El peñascal bravío,
Enamorado ciego
Del fondo del abismo,
Arrastra en la caída
Sembrados y bohíos,
Y fiero grita el hombre:
"¡Temblad! yo tengo espíritu.

V

"Mi cuerpo de arenisca
Se alimentó en las cumbres
De savia de la tierra,
Y en otras latitudes
Dióme la perla visos
Como fulgor de nubes,
Y el sol tras verdes ondas
Bañóme en casta lumbre.

VI

"Cuando la fuerza mueve
Mi espíritu iracundo
Nada me importa el hombre,
Llámese Plinio ó Newton;
Vuestra soberbia humillo,
Y al descender sepulto
En una misma fosa
La flor, la sierpe, el bruto.

VII

"Soñáis con lo infinito,
Y en el oscuro cielo
Hundís tristes miradas
Con laxitud de enfermos,
Y nunca el grave esfinge
Revela su secreto....
Se irgue siempre mudo
En el confín incierto.

VIII

"¡Yo soy feliz! Há siglos
Que la procera madre
Me descifró el enigma
Que no ha resuelto nadie;
Y mientras en insomnio
Se agitan los mortales,
Mi espíritu reposa
¡Eternamente grave!

IX

"Cuando la dura entraña
Del bloque herís, el gnomo
Que el sueño mío vela
Lanza chipas en torno,
Porque la madre tierra,
No injusta cual vosotros,
Nos igualó en la lucha:
También sus hijas somos."

X

Entre el verdor umbrío
Del muro de la ojiva
Resuena el viejo bronce
De la olvidada ermita,
Y entonces los espíritus
Que pueblan la campiña
Invaden de la iglesia
Las mudas galerías.

XI

¡Espíritus radiosos!
Que en la callada torre
Halláis sereno asilo
En las medrosas noches;
¡Oh vosotras las limpias
Animas de las flores!
Besad al Cristo pálido
Que está en la cruz de roble.

XII

Borrad del casto labio
La huella del ultraje,
La angustia de la afrenta,
Con el ósculo suave;
En la entreabierta herida
Que aún destila sangre
Posad las níveas alas
Como la niebla, frágiles.

XIII

Y cuando yo repose
En nuestra madre tierra,
Ungidme con el óleo
Divino del Profeta,
Y con alegres voces,
¡Almas de cosas bellas!
A refrescar el polvo
Llegad hasta mi huesa....

MAX. GRILLO

EN UN CEMENTERIO

Los rosales en los cementerios brotan flores anchas, ora blancas como la leche, ora de un rojo sombrío: las raíces se hunden en el fondo de los féretros, y toman allí la palidez de los pechos virginales ó el tinte sangriento de los corazones lacerados.

La rosa blanca es la savia de una niña muerta á los diez y seis años; la rosa roja es la flor que brotó de la última gota de sangre de un hombre caído en medio de la lucha.

¡Oh flores brillantes, flores vivas en que se siente palpitar un algo de nuestros muertos!

En el campo, los ciruelos y los albaricoques se yerguen gallardamente tras de la iglesia, á lo largo de los muros ruinosos del humilde camposanto. El sol ardiente dora sus frutos, y el aire liviano los satura de aroma. Y el alma del cura hace de ellos dulces que tienen fama á diez leguas á la redonda. Yo los he saboreado. Bien pudiera decirse de ellos lo que dicen los campesinos: que se les come como si fuesen " los pañales de terciopelo del buen Dios."

Conozco uno de esos estrechos cementerios de aldea, donde hay groselleros soberbios, verdaderos árboles. Las rojas grosellas, ocultas bajo las hojas verdes, parecen racimos de cerezas. Y he visto venir al pertiguero, por la mañana, con su pan bajo el brazo, á almorzar tranquilamente sentado sobre la vieja baldosa sepulcral. Una bandada de gorriones lo rodean. El recoge las grosellas y arroja miajas de pan á los gorriones. Y todo este tropel de los golosos comen allí apetitosamente sobre los despojos de los muertos.

La yerba, erguida, espesa y fuerte, es un adorno para el cementerio. Allá en un rincón, las macetas de ababol forman un tapiz rojo. La brisa fresca sopla de la llanura, esparciendo por doquiera el aroma de los barbechos. A medio día las abejas murmuran agitándose entre los rayos del sol; los lagartos grises se desperezan á la puerta de sus cuevas, y abren las fauces para aspirar el aire cálido. Los muertos tienen calor; aquello no es ya un cementerio, es un rincón de la vida universal, donde la savia de los muertos pasa al tronco de los árboles, donde no hay más que el beso íntimo de lo que era ayer y de lo que será mañana. Las flores, ésas las sonrisas de las jóvenes; los frutos, ésos la labor de los hombres.

Allí ya no es un crimen coger las macetas de ababoles. Los niños forman libremente sus ramilletes. El señor cura no se enoja sino cuando los pequeñuelos se trepan sobre los ciruelos. Los ciruelos son del cura; pero las flores son de todo el mundo.

Mathurine había plantado un rosal sobre la tumba de su prometido; y todos los domingos, en Mayo, Mathurine iba á recoger

una flor para ponerla en su pecho. Y pasaba el domingo en el perfume de su amor desparecido; y cuando bajaba los ojos sobre el pecho, parecíale ver la sonrisa de su prometido.

Yo amo los cementerios cuando el cielo está azul; voy siempre á ellos con la cabeza descubierta, olvidando mis odios, como si estuviese en una ciudad santa, donde todo es amor y perdón.

Una mañana, hace pocos días, fuí al padre Lachaise. Sobre el límpido azul del horizonte, el cementerio destacaba sus filas de blancas tumbas. Grupos de árboles se destacaban á lo lejos, dejando ver, bajo el encaje aún tierno de sus hojas, las losas resplandecientes de los grandes túmulos.

La primavera es dulce para los campos solitarios donde reposan nuestros muertos queridos; ella matiza de césped las blancas avenidas por donde guían sus lentos pasos las viudas jóvenes; ella reviste los árboles de brillantez y de alegría. De lejos, el cementerio parecía un inmenso ramillete de verdura, salpicado acá y allá por macetas de oxiacanto. Las tumbas son cómo las flores virginales de las yerbas y de los follajes. Recorrí con lento paso las avenidas. ¡Qué grave silencio! ¡Qué aroma tan penetrante! ¡Qué brisa tan tibia, venida quién sabe de dónde, parecida al aliento acariciador de mujeres á quienes no se ve. Se siente que bajo aquella tierra conmovida y doliente que oprimen nuestras pisadas, duerme todo un pueblo.

Varios inviernos han pasado ya por sobre el mármol de Musset. Le he vuelto á ver, y le he hallado más pálido, más enternecido. Las últimas lluvias le han revestido de un nuevo manto. Un rayo de luz, que se cuela por entre el ramaje de un árbol vecino, baña de vivísima claridad el perfil fino y nervioso del poeta. El busto, con su eterna sonrisa, tiene una gracia que enternece.

¿De dónde proviene ese extraño poder de Musset sobre mi generación? Pocos jóvenes hay que, después de haberlo leído, no hayan guardado en su corazón dulzura infinita. Y, sinembargo, Musset no nos ha enseñado á vivir ni á morir; á cada paso dió una caída; en su agonía apenas pudo levantarse sobre sus rodillas para llorar como un niño. ¡No importa! Le amamos, le amamos con todo el corazón, como amaríamos á una amante que fecundase nuestro corazón martirizándolo.

Y es porque él lanzó el grito de desesperación del siglo; porque fué el más joven y el más profundamente herido de entre nosotros.

Largo tiempo permanecí sumido en mis sueños.

Mis recuerdos se despertaron, y me hablaron de mi juventud, de esa época dichosa en que yo corría por los senderos de mi cara Provenza; Musset era entonces mi compañero. Lo llevaba en mi garniel; y tras el primer matorral que hallaba, dejando olvidado mi fusil sobre la yerba, leía al poeta, en esa sombra cálida del

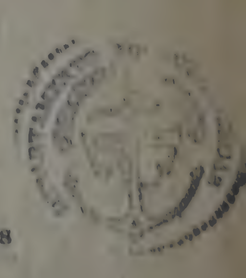
medio dia, perfumada por las salvias y alhucemas. A él debo mis primeros pesares y mis primeras alegrías.

Aún hoy, en medio de la pasion de análisis que me persigue, cuando siento subir á mi rostro repentinas oleadas de juventud, me acuerdo de aquel desesperado, y le doy gracias porque me enseñó á llorar.

EMILE ZOLÁ

PRIMAVERA INCIPIENTE

El bosque está triste.
Debajo de un árbol cercado de alpiste,
pensando en los lirios y en las campanillas,
se encuentra en cuclillas
la ninfa encantada.
(No sé si ya he dicho que el bosque está triste;
si no, lo repito, que es cosa que agrada
y es cosa que viste.)
Las vacas tranquilas,
en pálidos valles de ambientes salubres,
en tanto que escuchan sonar sus esquilas
se lamen las ubres
por no estar ociosas.
Y surgen las rosas
y el agua en los pozos,
y cantan los cucos
y lloran las fuentes y triscan los mozos
comiendo almendrucos.
Es la hora rojiza con motas doradas
en que arde la aldea,
y de uno á otro lado se ven en bandadas
libélulas verdes que el viento empujea.
(He dicho "empujea" para que se vea
que no es suerte floja
la suerte de vate que pulsa la lira,
que inventa palabras cuando se le antoja.)
El parque florece.
Tenprano amanece.
De púrpura tiñen los montes sus crestas
(lo juro por éstas).
Dos álamos gimen; un cedro estornuda;
el boj no hace nada, y el césped le ayuda.
El céfiro muge,
y el alma del parque de gusto rechuje.



¡Es la primavera
que viene ligera!
Dos mirlos se posan encima de un tronco:
el uno está glauco y el otro está ronco.
En medio del lago murmuran los peces.
El bosque está triste. (Lo he dicho tres veces.)
El bello nenúfar oscila en su rama
y el astro del día, besando la sierra,
destellos derrama,
al par que el arado se mete en la tierra
(que es cuando el sereno se mete en la cama.)
. . . .
¡Perdón, lector mío!
Me dan ya sudores.
Y es que entre destellos y vacas y flores
estoy hecho un lío.
Mas ya que azulada
la musa me asiste,
me acojo á lo nuevo, pues no cuesta nada,
diciendo mil veces que el bosque está triste;
y si hay que ser glauco, prometo de hoy más
no darme por muerto quedándome atrás.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

....?....

Yo soy un sér nulo y frustrado
Como el vientre de las estériles,
Y tengo envidia generosa
Del que tempranamente muere.

En mi sendero no podrían,
Amor, tus pasos detenerse,
Ni en mi cabeza atormentada
Sembrar la gloria sus laureles.

Los transeuntes cuando pasan,
Con sus pupilas relucientes
Parece como que adivinan
Las agonías de mis fiebres,

Y en mis pisadas vacilantes,
Y en mis sombrías palideces,

El desencanto con que miro
Lo que en torno se desenvuelve.

Madres ! yo adoro las fecundas
Noches, benditas para siempre,
En que las vírgenes deshojan
Los azahares de sus sienes,

Y las caricias que reclaman
Un sitio para los que vienen
Entre las brumas del futuro
Y los espasmos del presente.

Pero más los parajes húmedos,
En que se enfilan los cipreses
Cual una tropa de fantasmas
Evocadores y solemnes,

Pues soy un sér nulo y frustrado
Como el vientre de las estériles;
Y tengo envidia generosa
Del que tempranamente muere.

AB. FARINA

MANUEL PASO

Ha transcurrido un año y aún tengo presente aquella agonía que iba llevándose poco á poco del mundo á mi pobre amigo.

Desplomado sobre la cama, mostrando en sus ojos, enmatecidos por las proximidades de la muerte, valerosa resignación, aguardaba el poeta el último beso de la vida y la caricia primera del no ser. Rasgaba el aire su garganta con ruido estridente de bisturí rompiendo la estirada piel de un tumor ; sollozaban dos mujeres al pie del lecho ; sollozaba un hombre inclinándose sobre el moribundo ; eran cada vez más fuertes los sollozos ; era el estertor cada minuto más lento y más débil....Por fin, nada; ni estertor ni sollozos : una pausa trágica, durante la cual se vidriaron las pupilas del agonizante y se detuvo la respiración de sus queredores, y luégo tres figuras pálidas, un cuerpo muerto y un rayo de sol empeñándose en calentar lo que estaba frío para siempre.

Naturaleza pobre, espíritu mal dispuesto á los brutales combates del mundo, fué la primera decepción recibida por el artista, golpe mortífero que arruinó su existencia y paralizó el arranque

de su entendimiento; mozo que venía de Granada trayendo en las cuartillas de *Nieblas* todos los matices de la vega inmortal, todas las blancuras de la Sierra Nevada y los rubores todos de la Sierra Bermeja; como traía ecos de la Alhambra, croquis alpujarreños, cantos de pájaros y perfumes de flores; salud en su cuerpo, inspiración en su poesía, porvenir en su mente é ilusiones en su alma; perdió de golpe la salud, puso cerrojos de vagancia á su inspiración, grillos de indiferencia á su porvenir y fúnebre sudario á sus ilusiones.

¿Por qué lo hizo? ¡Ah, por qué!.... Algo muy duro, muy terrible, hirió su alma como un hachazo, y el poeta, en vez de resistir el golpe, de contener la sangre, de seguir luchando, cruzóse de brazos y no sólo esperó, ayudó á la muerte con melancólica pasividad.

¿Cuál fué ese algo terrible?.... Difícil es que lo sepa nadie. La historia vive encerrada para siempre en dos tumbas: una es el sepulcro de Manuel Paso, mi corazón la otra. No haya cuidado que el muerto y el vivo revelemos este secreto.

Dije antes que Paso se dejó morir, he dicho mal. Paso se suicidó. Sólo que su congénita debilidad no le permitía suicidarse de pronto, por un procedimiento rápido. Perezoso en todo, hasta para suicidarse lo fué, encargando al alcohol lo que otro hubiese encargado á un revólver.

Porque las borracheras de Paso no eran de esas que un día alegre ó una noche triste provocan. Eran regulares, continuas, sistemáticas, metodizadas como el régimen de un enfermo; pero, en este caso, el enfermo quería morir.

No eran sus borracheras tumultuosas, viniendo sin querer, entre voceríos de amigos corrientes, chacharacheo de mujeres fáciles y espolazos del buen ó mal humor propio, sumándose al buen ó mal humor ajenos. No; las borracheras de Paso eran solitarias, ariscas. Beber con otros, resultábale, mejor que gusto, mortificación. Beber solo, sin más compañeros que la copa de aguardiente, apurada, de un sorbo, y el vaso de agua, casi nunca apurado, constituía su programa. Las copas trasegadas en comandita le servían como el *vermout* á los gastrónomos, para prepararse. El banquete venía luego, cuando despidiéndose de todos, echaba camino de su casa por la calle abajo, recorriendo una tras otra veinte ó treinta tabernas, y embaulándose otros tantos vasos de veneno, hasta caer en la cama como él quería, muerto el cerebro para el recuerdo y acorazado el espíritu contra el pesar.

¡Pobre Manolo!.... Eso hizo con risueña testarudez durante muchos años, y así fué desvaneciéndose para el público aquella espléndida promesa de artista que nos trajo de *su* Granada y compendió en un libro pequeño, donde hay más arte junto que lo hay repartido por los poetas de ocasión en gruesos volúmenes.

Así, entregándose al envenenamiento diario del alcohol y al diario cultivo de la ociosidad, destruyó su organismo, mató su porvenir, amortiguó su inspiración, que, por ser muy grande, pudo resistir tamaños destructores golpes, y cambió su gesto amargo de hombre valeroso, sacudido por el dolor, en risa irónica de hombre escéptico aprisionado por la embriaguez.

Así fueron transcurriendo los años sin que Paso hiciera manifestaciones artísticas como él debía hacerlas, como las esperábamos nosotros; no eran tales algunos versos sueltos y algunos artículos escritos al correr de su pluma, sin fe, sin afanes de gloria, con el objeto exclusivo de cobrar unas cuantas pesetas y sostener decorosamente su modestísimo vivir.

Unicamente en la intimidad, cuando su gran inteligencia, desperezando el sueño alcohólico, hacía proyectos y planeaba asuntos, mirando al arte cara á cara, surgía como aparecido de ultratumba el poeta de la primera juventud.

Entonces, sí; entonces era el Paso de antes. Sus ojos relucían con apasionados resplandores; adelantábase hacia fuera su labio inferior, dibujando voluntarioso gesto; coloreábanse sus mejillas; erguíase su cuerpo é iban brotando por su boca ideas, sentimientos .... un mundo entero en formación ....

De pronto todo aquello desaparecía. Lo que juzgábamos foco permanente de luz era un relámpago. Apagábase el brillo de sus ojos y la coloración de su rostro; convertíase en descolgamiento senil el enérgico avance del labio inferior, desplomábanse sin voluntad sus nervios; trocábase el elocuentísimo programa en balbuceo torpe; su mano temblorosa empuñaba la copa, mediada de agua y aguardiente, y el relámpago genial se perdía tras de una nube color de ópalo.

Quizás algunas personas mal pensadas consideren estas sinceras frases mías faltas de respeto y desprovistas de caridad hacia el hombre desaparecido. Mal hará quien tal piense, porque estas frases mías son lágrimas hechas sílabas, suspiros de pena envueltos en palabras, gritos de rabia convertidos en párrafos y arrancados á mi corazón por la mala suerte del poeta, que, teniéndolo todo para haber dejado un surco hondo en el campo del arte, sólo deja una huella hermosa, pero rápida, por no haber aceptado la lucha, por declararse vencido sin combatir, por ser perezoso ante la faena y ser ante la desgracia cobarde.

El mismo lo confesaba algunas veces.

Recuerdo cierta labor suya, el capítulo de un libro empezado á escribir (como lo empezaba él casi todo, para no concluirlo), en Palma de Mallorca. Ese capítulo describe un encuentro que tuvo Paso allá en las vertientes hoscas del *Torrent de Pareix* con una encantadora joven.

La imagen surge de repente ante sus ojos como encarnación



de aquellas augustas soledades, trayendo en sus cabellos rayos de sol, en sus pupilas verdes reflejos del mar, en sus labios rojos bejas y perfumes de flores, en su rostro palideces rosadas de auroras, en los pliegues de su vestido blanco virginales purezas. El poeta la ve. La brisa regeneradora del Mediterráneo, los calientes efluvios de la primavera levantina, refrescan y enardecen su espíritu. Paso siente el sublime impulso del amor; quiere dirigirse hacia la joven, ofrecerle su alma, su existencia, su porvenir; bañarse en la atmósfera de un sentimiento noble; fundir en aquella alma virgen su alma de artista. "¡Sí, exclama; quiero ofrecerle mi vida; amarla, que me ame!"

"¡Mi vida! — añade luégo con doloroso y amargo acento. — ¿Y qué le ofrezco con mi vida? .... Mi vida es un paréntesis hueco, salpicado por unas cuantas lágrimas y unas cuantas gotas de alcohol. No vale la pena de ofrecer semejante regalo á una virgen."

Decía bien Paso. Eso fué su vida; una vida de hastío, de inercia, de ocultos pesares, de mortal indiferentismo. Eso fué, aunque se empeñaba en disfrazarla con sus chistes, con sus ironías, con su ameno y sencillo trato; porque Paso era bueno para todos menos para él. Procuraba siempre mostrarse alegre en público; por distraerse él? nó, por no entristecer á los otros. ¿Qué mayor prueba de bondad? ....

Tan bueno era como ajeno, por motivos de su pereza maldecida y de su esterilizadora indiferencia, á todos los atractivos y á las necesidades todas del diario existir.

La indumentaria le traía perfectamente sin cuidado y el personal aseo lo mismo: largo y enmarañado el pelo, deshechos el bigote y la barba, crecidas las uñas, sucio el traje y calzados los pies por sendos zapatones de tela, iba por esas calles sin preocuparse del qué dirán. Su alimentación era un pretexto para evitar motines de estómago; su domicilio otro pretexto para hacerse tarjetas. ¿El éxito? ¿la gloria? .... Tampoco le importaban. "¿Para qué sirve eso? — como él mismo decía. — Si la existencia actual me aburre, ¿voy á esforzarme con objeto de prolongarla después de muerto? .... ¡Bah! .... "

¡Y las mujeres! .... Ese gran acicate del hombre, que le impulsa á correr tras la fortuna, el crédito, el renombre, la reputación, le resultaban también letra muerta. Acaso por haber amado mucho á una mujer, tomó antipatía espiritual á las restantes.

Cuando, camino de su casa (vivía en barrios bajos), encontraba, á las altas horas de la noche, cuatro ó cinco infelices que, faltas de lecho, de parroquia y de pan, rondaban la calle tiritando de frío, bostezando de hambre y distrayendo su desamparo con blasfemias, Paso iba á su encuentro y las invitaba á acompañarle; para ofrecerles asilo y darles un mendrugo; para seguir bebiendo y entretener su falta de sueño con el relato que de sus desdichas

haciánle aquellas sin ventura.

No una, muchas veces, fuí á despertarle y sentí asombro doloroso frente al cuadro macabro que la habitación ofrecía. Paso en la cama, solo, con el aniquilado cuerpo dibujando angulosidades sobre la sábana, y la cabeza hundida entre los almohadones, con pesadez de plomo; y ellas sobre el sofá, sobre las butacas, sobre el duro suelo, cuando había exceso de huríes; allí estaban, dando al sol sus cuerpos vestidos de mujer por el traje, y de jirones por la miseria, sus rostros embadurnados de colorete y albayalde ; allí estaban, entonando un estrepitoso coro de ronquidos á la botella difunta y á los restos del festín nocturno.

Este vivir suyo, punto menos que libre de gastos metálicos, le hizo, poco á poco, perder la noción de las cantidades monetarias. Una peseta le parecía algo ; cinco, mucho ; un billete de veinticinco, cosa extraordinaria. Por tal causa incurría en deliciosísimas candideces y en recelos encantadores.

Una madrugada me separé de él, luégo de recorrer tres ó cuatro docenas de establecimientos penales. Llegué á mi casa y caí en el lecho con propósito firme de que nadie me despertara hasta que la naturaleza tuviera por conveniente hacerlo. Di las órdenes oportunas, estiré las piernas, cerré los ojos ...y cuál no sería mi sorpresa al sentirme, á las tres ó cuatro horas, bárbaramente sacudido, y oir la voz de mi criado, que me llamaba á gritos, sin duda, porque llamarme por lo bajo no surtía efecto.

—¡Señorito! .... ¡Señorito! ....

—¡ Animal! .... ¡Animal! .... —le repliqué yo, incorporándome con ira. —¿ Á qué me despiertas? .... ¿No he dicho que me dejen dormir?

— Es que está ahí el señorito Paso y quiere verle á usted en seguida.

—¡Ah! ....

Conviene advertir (para que mis lectores se den razón cabal de la escena), que yo acababa de estrenar *Juan José* ; es decir, que mi cartera resultaba por aquel entonces un *facsímile* del Banco de España.

— Bueno — le dije á mi doméstico — si es Paso, que pase.

Y pasó.

Traía demudado el rostro, incierto el mirar, más torpe que de costumbre el habla.

—¿Qué te ocurre? .... ¿Cómo vienes tan pronto? le pregunté, más que pronunciando, bostezando la interrogación.

Paso hizo una pausa, tragó saliva, cogió una silla, se arrimó á mi cama é inclinándose sobre mi oído, como un criminal que descubre el secreto horrible, murmuró con entrecortado palabreo:

—¡Chico .... un compromiso espantoso! Unicamente tú puedes sacarme de él .... Vamos, creo que puedes .... No sé si po-

drás .... Quizás que no .... La cosa es .... una cosa .... un ... Vaya, tú me entiendes.

— Ni yo ni nadie, hijo. Pero, ¿de qué se trata? El compromiso ¿de qué índole es? ¡Reviénta, hombre, reviénta!

— Dinero .... Y hay que darlo en seguida. Sólo que tú puede que no lo tengas; la cantidad es grande, grandísima .... ¡ENORME!

Pensé en un secuestro, en una deuda de juego, en miles de pesetas .... Aquella premura, aquel azoramiento de mi *compadre* debían obedecer á asunto grave y exigir una suma cuantiosa.

— ¿Pero de qué se trata? — repetí — ¿A cuánto asciende la cantidad? Tal vez pueda proporcionártela yo. Sabes que ahora el dinero no es mi mayor angustia .... Hábla, hombre, hábla. ¿Cuánto?

— Diez duros — murmuró Paso con voz estrangulada.

Estuve por tirarle las *dos botas juntas á la cabeza.*

Refiero estas intimidades para que mis lectores se den cuenta exacta de aquel carácter que se fué de la vida sin conocerla, habiéndola sufrido una vez, no habiéndola gozado ninguna; de aquel gran tímido, por su invencible timidez malogrado. Malogrado porque si lo que deja escrito le sobra para ser uno de los mejores poetas de la generación á que perteneció, habiendo escrito lo que pudo y debió escribir, sería el más grande de todos ellos.

No quiso; mejor dicho, cuando quiso fué tarde. La incurable dolencia que le mató había metido bien las garras; ya era inútil cualquier esfuerzo que se emplease en desasirlas.

¡Quiso! .... Una tarde, frente el mar de Mallorca, recostados contra una peña, viendo cómo el crepúsculo color de violeta se iba desvaneciendo entre las olas grises, cómo el lucero, heraldo de la noche, despedía sus resplandores melancólicos sobre el cielo sin nubes, cómo cantaba el mar su canción eterna y suspiraba la brisa sus amores nunca satisfechos, y se escondían las aves del bosque tras las hojas de los árboles que, sacudidas por el viento, imponían silencio con un ¡chiis! solemne, Paso resucitó.

"¡Nó! — me dijo con voz enérgica y ademán firme — ¡Nó!... ¡Yo quiero vivir! ... ¡Vivir mi vida, no esta vida miserable que arrastro! .... Aún quedan en mi cerebro ideas, aún no se ha olvidado de entregar al papel estrofas viriles; aún no es estéril la matriz donde germina en mis venas. Ayúdame á renacer. Tú escribes para el teatro. Escribiré contigo. ¿Quiéres que escriba contigo, Joaquín? ...."

No le contesté con palabras. Abrí los brazos y estreché contra mi corazón al poeta que revivía al pie de su tumba.

Paso volvió á luchar y, semejante al Cid, ganó batallas muerto. Su organismo intelectual iba regenerándose hora por hora; pero su material organismo iba, hora por hora, desoyendo. Paro

cia que la materia de que estaba formado sentía rencores contra él y le gritaba con gritos de odio: "Cuando yo era fuerte te empeñaste en destruirme, en no servirte de mis energías, en gastarme con terquedad infecunda y pródiga. Hoy necesitas de mí para lograr tus fines, tus afanes de gloria, lo que descuidaste por tánto tiempo, y me pides apoyo. Hoy quieres tú. Pues ahora soy yo quien no quiero."

Y no quiso .... ¡No quiso! .... El lo vió claro en Elche una mañana en que, sentados junto á una mesa, repasábamos las primeras cuartillas de *El tío Quico*, obra que permanecerá inédita por la sencilla razón de que apenas si está empezada.

Frente á frente estábamos, las cuartillas delante, el tintero al lado y en las manos las plumas. Paso se dispuso á escribir; por sus ojos inmóviles, fijos en el espacio, cruzó un relámpago de inspiración ... Trazó la pluma algunas rayas negras en el blanco papel. De pronto el rostro de mi amigo se puso pálido; una tos ronca, desgarradora, horrible, agitó su pecho y se escapó por su garganta; un hilo de sangre descolgó por sus labios, y la cabeza de artista, poco antes alzada para pedir al horizonte infinito la dilatación del pensamiento, se desplomó sobre la mesa, con gesto angustioso, de hombre enfermo que pide auxilio.

—Ya lo ves. ¡No puedo! — murmuraba el pobre Paso entre sollozos. ¡Esto se acabó! ....

¡Y se acabó en aquella humildísima alcoba donde dos mujeres y un hombre lloraban al poeta muerto, mientras un rayo de sol se proponía calentar lo que estaba frío para siempre.

¡Pobre Manuel! .... ¡Ahí está su obra! su hermosísima obra! leedla; trasladaos con ella á los cármenes granadinos, á los salones de la Alhambra, á las frescas orillas del Darro y del Genil, á la atmósfera de mocedad que impregnó los versos todos del cantor andaluz; y, cuando volváis de tan encantadoras regiones, dedicad á Paso lo que en ley de justicia merece.

Un aplauso por lo que hizo y una lágrima por lo que ha dejado de hacer ....

JOAQUÍN DICENTA

LA RESPUESTA DE LA TIERRA

(DE F. COPPÉE)

A Leocadio Lotero

Una vez en el año ara la tierra
El imperante de la sabia China.

Este deber piadoso va cumpliendo
Kang-Hi, sublime emperador, llegado

El día fijo del campestre culto.
Blancos bueyes del Tíbet son uncidos
Al carro que Kang-Hi rige y conduce
Sin distraerse con la inmensa turba
Que á la fiesta imperial devota llega.

—Mientras fecundo el suelo ante sus pasos
Se abre, formando estremecido surco,
Kang-Hi murmura soñador :
"Oh Tierra!
La vida es un enigma
Y la muerte un misterio pavoroso.
Mas tú, cuyas espigas son la sangre
De los muertos de ayer, que ora los vivos
Para poder vivir van recogiendo ;
Oh tú, del cedro madre y la gramínea,
Tú, Tierra, saber debes
De nuestro sino la fatal palabra.
Sobre este obscuro tópico respóndeme,
Que ya cansó mi fatigada mente.
Kang-Hi soy yo, de Chung-Tchi soy el hijo;
El Tíbet y Formosa, de mi brazo
Vencidos son; soy grande entre los grandes;
Nadie puede ponerse ante mis ojos
Si no ha tocado ya con frente esclava
Nueve veces el suelo; á mí se humillan
Juntamente las cosas y los hombres....

"Empero soy humilde,
Y mi älma sumisa jamás tuvo
El insolente orgullo de mis padres.
A la virtud tributo
Y homenaje á la ciencia,
Hice grabar doquiera en mi palacio
Sentencias de los sabios y aforismos,
Fiel á las tradiciones, como sigue
El juvenil ardor consejos graves.

"Odio á los cortesanos, y si fuera
Menos bueno quizá, cortado habría
Su lengua mentirosa; soy benigno,
Y á la picota van esos que ahogan
A los recién nacidos no varones.
Yo soy sutil : ingerto en el manzano
La rama del rosal; mi mano es diestra
En varios instrumentos sonorosos.
Leo bien, y de amores soy poeta.

Valiente soy, mas no como el horrible
Tamerlán, por la gloria sanguinario,
Sino para caer como una tromba
Sobre el Mogol obtuso
Y el de Rusia sin Dios menguado hijo,
Cuando al Celeste Imperio se abalanzan.

"Sabio, me sé los ritos y los códices;
Y piadoso que soy, rindo homenaje
A los bonzos del Kong-Tse en sus pagodas
Y de Fo á los prelados y pontífices.
También protejo á Cristo, al Dios que viene,
Que nació de una virgen, y que clama
Amor y paz en la espaciosa tierra.
Siendo justo también, quiero que el grano
Lo coma en pan el que lo siembra y cuida.
Soy bueno, en fin, y sabio, y grande, y puro,
Y mi nombre se dice entre alabanzas
Por cuantos son mis siervos infinitos....

"Y ahora, oh Tierra madre, cuyo seno
Té, trigo, arroz y sedas nos concede ;
Tierra, do las criaturas
Una cuna tenemos y un sepulcro ;
Que eres causa y efecto á un tiempo mismo
De cuanto en ti se agita:
Díme : ¿qué habrá de ser cuando yo muera
De mi vida y hazañas?"

Por un vuelco del carro
El surco fué más hondo,
Y del arado la ferrada punta
La cabeza de un muerto carcomida
Del asombrado rey botó á las plantas!....

1893.

ANTONIO JOSÉ RESTREPO

EL DIOS BUENO

Todos los niños del hospicio habían ya rezado después de la taza de chocolate. A los más pequeños les habían persignado las Hermanas de la Caridad. En la gran sala, alumbrada por una farola de gas, colocada en un extremo, flotaba el aliento acompasado del sueño, exhalándose de las camitas que tenían tanto de nido como de cuna. La Hermana Adela vigilaba. ¡ La buena Her-

mana Adela! Al muchacho que tenía descubierto los piececitos, se los cobijaba con la sábana blanca. Al que se había acostado con una mano sobre el corazón, se la quitaba de allí, y le ponía tendido sobre el lado derecho, porque así se duerme bien y no se tienen pesadillas. A cada cual vigilaba la Hermana con gran cuidado: al rubio Jorge, que tenía los cabellos dorados y las mas preciosas manos infantiles; al gordiflón Roberto, una delicia por su gracia; á la dulce perlita Estefanía, que era la que con lindos dientes reía en el jardín, fresca, tierna y alegre bajo un rosal; ¿á cuántos niños más? ¡ah! á la incomparable Lea, que era pálida y apacible, y en el juego del recreo la más formal; la que rezaba bellamente como un angelito, con las manos juntas, al buen Señor Dios, á la hora de acostarse.

¡Ninguna como esta adorable pequeña! Era la más amada de las huérfanas inocentes que vivían en aquella casa de caridad, bendito *kindergarten* de miniaturas humanas, donde las risas desbordadas sonaban como canciones locas de pájaros nuevos, en una pajarera encantadora. El domingo, cuando iban de paseo todos los chicos del hospicio, llamaba la atención Lea, seria, cuellierguida, sonriente, con una suave é innata majestad de princesa colibrí. Y era de ver, a la vuelta, cómo traían sus naranjas doradas, sus ramos de flores del campo, sus lirios y sus rosas! La Hermana Adela la quería mucho, porque no era como otras que le decían impertinencias: " Hermana Adela, ¿por qué tenéis la cabeza rapada como el mozo que nos lleva la leche? Antes bien, le decía cosas sencillas y puras: " Hermana Adela, ¿me permitís dar mis violetas á la cieguecita que está en la esquina cantando su canción?" Otras veces, cuando iba á misa, en la capilla, fragante de incienso donde estaba el altar flamante, y el órgano místico y sonoro, y donde el cura viejo y santo alzaba la hostia, Lea estaba inmóvil, con los ojos puestos en el oficiante. Allá arriba, en el coro sonaban los himnos religiosos; el sacerdote, vestido con su casulla de blanco y oro, bebía en un cáliz de oro también. Todos estaban de rodillas ante él.

Lea decía allá dentro de su cabecita de gorrión recién nacido al sol: " La hostia es santa, blanca y redonda: el padre tiene una corona en la cabeza, como la hostia; bebe en una copa de oro; cuando alza la custodia tres veces sobre su frente, me está mirando el buen Dios, que me ama, y me ha dado mi cama suave, la leche fresca por la mañana, la muñeca durante el día, el chocolate por la noche; así dice la Hermana Adela. ¡Oh buen Dios!"

¡Y cuando después de la comunión hacía una plática el señor

cura! Sencillo, afable, sonriente, procuraba llegar con su palabra á la comprensión de aquellos pequeñines. "Tenéis todos una madre, hijos míos, aunque os falte la natural. Es una divina mujer que está allá en el cielo y también en el altar donde digo la misa; es aquella que está sobre una media luna, con un manto azul, rodeada de cabecitas de niños rosados, como vosotros, y que tienen alas. Es amorosa, es maternal y os bendice. Vuestro Padre es el Padre celestial, es el buen Dios!"

¡Cómo amaban y comprendían ellos "al Padre celestial," á la dulce María Santa, bella y gloriosa imaginada por Murillo! ¡Y Lea sobre todo se fijaba en el "Buen Dios," que estaba allá en la capilla, en un retablo, todo soberbio y venerable; un gran anciano de barbas blancas, el Padre Eterno, que tenía los brazos abiertos sobre el mundo, un triángulo de luz en la cabeza, los pies sobre las nubes, lleno de ternura y de majestad, como un abuelo!

Cuando se iba á su lecho, pequeño y tibio como para que se echase en él una paloma, pensaba en todos los bienes de que se gozaba por el abuelo del cielo, el de la capilla, el que había creado el azul, los pájaros, la leche, las muñecas, la casulla del cura, y la Hermana Adela, que la persignaba y arrullaba á modo de una madre de verdad.

Las doce. Clara noche.

La Hermana se había puesto á rezar: "Por la guerra. ¡Porque nos quites, oh Dios mío, esta horrible tormenta! ¡Porque cese la furia de los hombres malos! Porque respeten nuestra capilla, nuestra bandera con su cruz!"

La bandera estaba ya puesta desde el principio del asedio de la ciudad, en lo alto del hospicio. La guerra era la más sangrienta y espantosa que había visto el país: se sabía de saqueos, de incendios, de violaciones, de asesinatos horrorosos. Las Hermanas de la Caridad, que dirigían el hospicio, habían pedido á los devastadores que se les respetase con sus niños. Así se les había ofrecido. Habían colocado, pues, su bandera: una gran bandera blanca con una cruz roja.

Cuando al caer la tarde, la Hermana Adela supo la noticia de que había bombardeo; á la hora del chocolate dijo á todos los chiquillos: "Hijos míos, oremos." Siempre oraban antes de comer. De pronto se empezaron á oír lejanos cañonazos. Todos los niños estaban alegres en la mesa, menos Lea. A poco le dijo á la hermana: "¿Oyes, hermana? Truena." Otra dijo: "Es la guerra." La hermana volvió á ordenar: "Niños míos, oremos."

A lo lejos se oían gritos, ruido de gentes en lucha; retumbaba la voz del bronce. Arriba, en el cielo, en la pureza del azul infinito, una luna clara y argentina, en todo su esplendor, derramaba su luz: pálida, indiferente, alumbraba las miserias de la tierra.



"¡Dios te salve María, llena eres de gracia! ...." Ya se había levantado, á media noche, la Hermana Adela, cuando vió caer la primera bomba en el patio del hospicio. ¡El bombardeo! De modo que aquellos bandidos, aquellos Herodes, sacrificarían en su furia y en su venganza á los inocentes! Con ruido siniestro é infernal, cruzaban las granadas por el aire. La bandera con la cruz que estaba sobre el hospicio, era como una pobre y grande ave ideal, delante del inexorable y espantoso proyectil. Allá, no lejos, se oían estallar bombas y vibrar tristemente los ayes de los heridos. Una, otra casa, se envolvía en llamas. El cielo reflejaba el incendio. "Dios te salve, María ...." La Hermana Adela fué y visitó las camas de los niños, en cada una de las cuales alentaba una delicada flor de infancia, llena de divinos aromas.

Abrió una ventana y vió cómo por la calle iban en larga carrera gentes sangrientas y desesperadas, soldados heridos que desfallecían, mujeres desmelenadas con sus hijos en los brazos, á la luz implacable del incendio.

Entonces fué cuando comenzaron á caer granadas en el recinto en que dormían los niños. ¡Qué respeto á la bandera santa! ¡á la cruz roja! ¡á la inocencia! Cayó la primera y saltaron dos camitas despedazadas, dos niños muertos en su sueño. Y siguieron cayendo en lluvia tremenda las criminales; y la Hermana Adela gemía, porque la muerte no viene nunca así para los pobres inocentes, y porque eso era como un olvido del cielo para con las rosas vivas que perfumaban aquellas cunas. Despertaron los chicos al estruendo, y rompieron á llorar, en tanto que la hermana oraba, con su rosario en la mano. Granada tras granada, el edificio se iba destruyendo. Al fin se incendió todo. Locas las guardianas y maestras de los niños, quisieron salvar á los que pudieron tomar en brazos, azorados en su súbito despertar, soñolientos y desnudos.

La Hermana Adela corrió á la camita de Lea, donde ya la niña estaba de rodillas, orando al Señor anciano de la capilla, que es tan bueno, que hizo el sol y la leche, y las frescas flores de Mayo; orando por aquello que no comprendía, por aquella tempestad de fuego, por aquella sangre, por aquellos gemidos .... ¡Oh! el "Buen Dios" no permitiría que fuese así, como ella se lo rogase ....

Pero al acercarse la Hermana Adela, que la iba á socorrer, cayó cerca otra bomba, que hirió á la religiosa, ensangrentando su traje de algodón azul y su corneta de lino blanco.

Con los ojos abiertos en redondo, poseída de algo sobrehumano, la pequeña Lea se alzó de pronto sobre su colchón, y con una voz que helaría de espanto á un hombre de piedra, exclamó retorciendo sus bracitos y mirando hacia arriba:

—¡Oh buen Dios, no seas malo!

RUBÉN DARÍO

KUNDRY

Generalmente después de los grandes cataclismos, de las tormentosas épocas políticas de las naciones, siguen épocas de renacimiento, especialmente literario y artístico; como en la Grecia después de las guerras troyanas, encabezada por Homero; y en los tiempos modernos, en Francia, después de los hugonotes y la Fronda, con Corneille, Racine y Molière á la cabeza. Así, entre nosotros parece que después de terminada la desastrosa guerra de tres años quisiéramos entrar en nuestra época de renacimiento. Esto lo creemos tanto más, cuanto que somos fervientes partidarios de las doctrinas de la evolución del filósofo y maestro Spencer.

Daremos principio á la selección de nuestro renacimiento literario con *Kundry*, y esperamos que éste continúe, aun cuando su gestación sea muy laboriosa y tardía. De esta manera llegará el día de entretenernos los medellinenses en leer algo más provechoso y de más substancia que esos artículos–revistas, llenos de lugares comunes y revestidos de una ampulosidad extravagante y necia, pero sin fondo ni mérito alguno. Se suprimirán esos cuentos insulsos y esas novelas descosidas, en las cuales tratando de imitar á novelistas como el autor de *Cosmópolis*, se nos fastidia con erudiciones rancias sin pies ni cabeza. ¡Adelante, pues, Carrasquillas, Latorres, Ospinas, Robledos, S. Restrepo, Efe Gómez y demás caballeros de esa legión de honor de la intelectualidad y del buen gusto artístico!

Si tuviésemos la suficiente competencia para entrar en el análisis de las tendencias filosóficas de *Kundry*, podríamos demostrar que esta novela antioqueña presenta (á igual que las obras del maestro D'Annunzio) muy serias consideraciones y muy largos y atentos estudios qué hacer. Pero por ser esta tarea muy superior á nuestras fuerzas, la dejamos para personas más competentes, que ya se ocuparán en ella. La idea plástica de las tendencias filosóficas, literarias ó artísticas de toda época, tiene generalmente mejores veteranos en los maestros que se familiarizan con los diversos sistemas y los perfeccionan con la buena elección, resultado de la comparación, que en los mismos progenitores de la concepción de ella.

Por nuestra parte, nos limitaremos á exponer nuestras humildes impresiones. La trama es sencilla y sin complicaciones difíciles, tan comunes en las novelas del día, especialmente en esos trágicos novelones en donde de repente se suspende la acción para intercalar la relación de sucesos y acontecimientos menores, y detalles que no sirven sino para desvirtuar el mérito del plan general.

Los sucesos y los acontecimientos que en conjunto armónico forman la novela de Latorre, se enlazan y se suceden con tan espontánea naturalidad, que sentimos al leerla y al notar su fácil y lógico desarrollo, el mismo exquisito gusto con que saboreamos á Palacio Valdés. Puede el lector seguir el hilo y conexión de las escenas sin nin-

gún esfuerzo intelectual, y sin que tenga que detenerse, sino para admirar y saborear esas hermosas y naturales descripciones, de las cuales podría decirse lo que un notable escritor italiano cuenta del gran Zolá: aquél le preguntaba cómo hacía él para describir el temporal de la *Página de amor*. Y Zolá le contestaba de una manera muy sencilla: "Para describir el temporal, me empapé algunas veces en toda el agua que Dios hacía llover, observando á París desde las torres de *Nuestra Señora.*" ¿No es esto el colmo de lo bello y lo natural reunidos? Creemos que lo mismo podríamos preguntar á Latorre, y que su respuesta sería análoga á la del maestro francés. ¿Acaso habéis visto algo más artístico y estrictamente verdadero y natural que la descripción de una misa de cinco, descripción bellísima que al leerla parece sentirse el lector asistiendo á la sagrada ceremonia? Héla aquí:

"Sentíase el vaho húmedo y tibio de las gentes mal despiertas aún que poblaban las naves; una tos arrancada de incógnita garganta por el frío de la madrugada, sonaba en uno de los extremos, y, repetida luégo por los concurrentes como una consigna, se dilataba en oleadas por toda la iglesia; con apresuramientos nerviosos de quien cree haber llegado tarde, iban entrando las devotas arrebujadas en sus mantos; mezclábase en el concurso tal cual grupo de trasnochadores, vuelto hacia arriba el cuello de sus gabanes y llevando en el rostro las huellas de la reciente orgía; bandas pintorescas de excursionistas, ya en traje de campo, se arrodillaban alegres y cuchicheantes en el desnudo suelo; acogíanse á la sombra de los pilares los vergonzantes de raídas ropas ó los vencidos de la vida á quienes espanta el día; una pareja de cazadores, terciada al hombro la escopeta y humillado á sus pies el perro de luengas orejas, estacionaba respetuosa junto á la puerta; oíase el chichisbeo de diálogos rápidos ó interpelaciones confianzudas; entre dos cirios de tembladora y pálida llama, un anciano sacerdote murmuraba los latines del oficio con voz quejumbrosa, entrecortada de suspiros; al través de los vidrios polvorosos de las ventanas, esbozaba yá tímidamente el alba sus primeras sonrisas.

Estas descripciones resaltan en el fondo de la obra como cinceladas en blanco mármol.

Los personajes son verdaderos y humanos y sin recargos inverosímiles, sin que esto obste para que el autor, elevándose en alas de su fantasía creadora, los produzca con novedad é ingenio, al mismo tiempo que naturales, y que la nota de su carácter sea sostenida. En ellos el escritor revela su profundo conocimiento del corazón humano, y como verdadero psicólogo nos lo presenta en toda su desnudez, y nos lleva como por la mano hasta mostrarnos las más obscuras reconditeces de cada uno. A semejanza de Paul Bourget, con gran delicadeza de maestro, toma el escalpelo y lo introduce en la carne y rasga sin temor, hasta dejar ver el estado morboso del alma de sus personajes, fiel y exacta pintura de nuestra atrasada sociedad.

Estilista de elegante dicción y bien tallada frase que nos recuerda al viejo y clásico Valera, dulce y suave á lo Daudet, nos introduce en el templo del arte, donde nos pasea por ricas galerías llenas de una belleza muy adaptada á la definición del arte proclamada por uno de los grandes maestros de que nos habla el ilustre Tolstoy: "El arte es la belleza"; pero como ésta, al considerarse respecto á las cosas, y no en sí misma, es muy relativa, tenemos que considerarla así, para que por medio de la aplicación de las reglas de la estética podamos avaluar el grado artístico de la obra.

Vayan nuestras felicitaciones más sinceras para el artista, que principiada apenas su carrera de novelador, deja conocer de cuánto será capaz en el porvenir.

Z y Z.

CONCURSO DE BAILE

Figuran como las mejores parejas en el baile, elegidas por el Jurado Calificador, las señoritas:

Rosa Merizalde U., Magdalena Gómez L. (Magola), Gabriela Santamaría A., Concha Villegas R., Concha Restrepo R., Pepa Restrepo R., Margarita Angel O., Sofía Arango C., Teresa Restrepo W., Teresa Arango B., Ernestina Arango B., Clementina Escobar T., Luisa Uribe U., Sofía Toro V., Pastora Vásquez G., María Vásquez G., Magdalena Montoya, Leonor Escobar G., Dolores Uribe, Isabel Arango B.

Quedan abiertas las urnas, desde hoy, en el Guante Blanco y en el Almacén del Sr. Samuel Escobar.

Serán premiadas las dos que más votos obtengan.

Se exige el nombre del votante en el voto.

La Junta

1

Profesor de idiomas

Recomendaciones especialísimas.

Estudios profesionales. Precios módicos.

Entenderse con el Sr. LUIS CANO.

4—1

REGLA GENERAL

No comprar *nada* sin solicitar primero en la "AGENCIA PÉREZ." 5—5

LEY 51 DE 1898 (15 DE DICIEMBRE)

sobre prensa.

(*Continuación.*)

Art. 8.° Quedan suspendidos los efectos de las disposiciones legales que sean incompatibles con el presente Decreto.

(*Continuará.*)

FOTOGRAFIA

RODRIGUEZ

CALLE DE PALACE, NUMEROS 168 y 170

RETRATOS EN

Bromuro, Porcelana, Platino etc. etc.

ESPECIALIDAD EN RETRATOS GRANDES

1

Chocolate Chaves

HIELO

Compañía Antioqueña de Chocolate Chaves.

P—11

3